

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

# FILOSOFIA

Y

# LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

## 57-58-59

*ENERO-DICIEMBRE*

1955

*IMPRESA UNIVERSITARIA*

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**Rector:**

**DR. NABOR CARRILLO**

**Secretario General:**

**DR. EFRÉN C. DEL POZO**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**Director:**

**LIC. SALVADOR AZUELA**

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

*Eduardo García Máynez*

DIRECTOR:

*Salvador Azuela*

SECRETARIO:

*Juan Hernández Luna*

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria  
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país . . . . .	\$ 15.00
Exterior . . . . .	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

## Sumario

### ARTICULOS

	Págs.
Antonio Gómez Robledo . . . . .	13
<i>Filosofía aristotélica del arte</i>	
Patrick Romanell . . . . .	43
<i>Perfil del Neo-naturalismo norteamericano</i>	
Miguel León Portilla . . . . .	57
<i>Existencia histórica de un saber filosófico entre los nabuas</i>	
Gregorio López y López . . . . .	83
<i>La filosofía de los zapotecas</i>	
Isaías Altamirano . . . . .	99
<i>Fenomenología de las vivencias de pudor y caricia</i>	
Oswaldo Robles . . . . .	111
<i>Psicofisiología de la emoción</i>	
Matías López Chaparro . . . . .	131
<i>Psicometría</i>	
Francisco Larroyo . . . . .	139
<i>Psicología en primera, segunda y tercera persona</i>	
G. T. Nicotra di Leopoldo . . . . .	153
<i>Los documentos científicos de la Atlántida</i>	
Amancio Bolaño e Isla . . . . .	173
<i>El "paralelo de las lenguas castellana y francesa" del P. Feijoo</i>	
Sergio Fernández . . . . .	189
<i>Iago y Herodes: dos formas de los celos</i>	
Marianne O. de Bopp . . . . .	201
<i>Thomas Mann</i>	

	Págs.
Pedro Urbano González de la Calle . . . . .	<i>Cómo citaban a veces los humanistas y . . . cómo no se debe citar</i> . . . . . 215
Juan A. Ortega y Medina	<i>Consideraciones críticas acerca del volumen conmemorativo sobre el Plan de Ayutla</i> . . . . . 251
Juan Hernández Luna . . . . .	<i>Los precursores intelectuales de la Revolución Mexicana</i> . . . . . 279
Vicente T. Mendoza . . . . .	<i>La música en la época de la Reforma, la Intervención y el Imperio</i> . . . . . 319
José Corona Núñez . . . . .	<i>La arquitectura indígena del occidente de México</i> . . . . . 345
Juan Feres	<i>Un capítulo de los Prolegómenos de Abenaldún</i> . . . . . 357

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Robert Jay Glickman . . . . .	<i>La bruma lo vuelve azul</i> . (Ramón Rubín) . . . . . 367
Pedro Rojas . . . . .	<i>La catedral y las iglesias de Puebla</i> . (Manuel Toussaint) . . . . . 370
Pedro Rojas . . . . .	<i>El plateresco en México</i> . (Luis MacGrégor) . . . . . 372
Isaías Altamirano . . . . .	<i>Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico</i> . (Gabriel Marcel) . . . . . 375
Isaías Altamirano . . . . .	<i>Cartas a la patria. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830</i> . (Carlos Guillermo Koppe) . . . . . 378

	<u>Págs.</u>
Abelardo Villegas . . . . .	<i>La filosofía en México.</i> (Leopoldo Zea) . . . . . 382
Xavier Tavera Alfaro . . . . .	<i>La Revolución de Independencia.</i> (Luis Villoro) . . . . . 385
Rosa Klip de Bergman . . . . .	<i>Técnica General de la Segunda Enseñanza.</i> (Ensayo Pedagógico. Angel Miranda Basurto) . . . . . 388
Agustín Millares Carlo . . . . .	<i>Las Actas de Independencia de América.</i> (Javier C. Griffin) . . . . . 391
Agustín Millares Carlo . . . . .	<i>Documentos de Indias.</i> Siglos XV y XVI. Catálogo de la serie existente en la Sección de Diversos. (Ma. del Carmen Pescador del Hoyo) . . . . . 393
J. H. L. . . . .	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.</i> . . . . . 395
J. H. L. . . . .	<i>Cátedra de Verano.</i> . . . . . 403
J. H. L. . . . .	<i>Graduados en el año de 1955.</i> . . . . . 405

## PERFIL DEL NEO-NATURALISMO NORTEAMERICANO

Cualquier movimiento filosófico de interés actual resulta difícil de analizar aun dentro de las circunstancias más favorables. Esta dificultad se intensifica en el caso particular del movimiento neo-naturalista estado-unidense. La razón para su mayor dificultad no sólo se remonta al hecho de que han aparecido diversas especies de naturalismo, desde comienzos del siglo en los Estados Unidos de Norteamérica, sino a un motivo más propio: sus problemas específicos fueron fundidos, si no confundidos, con temas que poco o nada tenían que ver con una filosofía naturalista como tal. (El ejemplo clásico que en seguida acude a la mente es la encantadora mezcla de elementos dualistas y naturalistas en la siempre nostálgica filosofía de George Santayana, poeta y profeta del movimiento naturalista norteamericano contemporáneo.) Sin embargo, pese a su dificultad, debemos tratar del asunto si queremos entender cuál es el movimiento más fidedigno y menos apologético del momento en los Estados Unidos. Con todo, en vista de que la mayor parte de la literatura que existe sobre dicho movimiento se refiere (por razones de polémica) a sus variedades, este ensayo aspira a determinar los rasgos naturalistas que ellas tienen en común. A fin de llegar a determinar sus características comunes, vale la pena analizar el movimiento desde tres ángulos: I) su antecedente histórico; II) su modo de análisis; III) su concepción del mundo.

### I

“La primera década del presente siglo”, recuerda William P. Montague, “fué una época de insurrección y de cambio en la filosofía norte-

americana.”<sup>1</sup> Sin embargo, a diferencia de los movimientos un tanto anteriores y más audaces, a saber, el pragmatismo y el realismo, el neo-naturalismo fue en efecto más bien una reacción que una abierta rebelión en contra de las diversas formas de filosofía idealista (especialmente la de Royce) que preveían en las escuelas norteamericanas allá por las postrimerías del siglo XIX. Mientras que los pragmatistas y realistas atacaban el idealismo absoluto, principalmente por razones morales y epistemológicas, respectivamente, los naturalistas lo criticaban en el plano de la metafísica, insistiendo en que “el hombre está dentro de la naturaleza, y no es un diosencillo aparte.”<sup>2</sup>

Es más, hablando de manera general, el naturalismo del siglo XX en los Estados Unidos fue una reacción contra la misma tradición de la cual arranca —la materialista—, tradición que empieza con los pre-socráticos y alcanza su culminación en el pensamiento europeo occidental durante la última mitad del siglo pasado. Para ser más exacto, el naturalismo norteamericano contemporáneo fue una reacción contra dos cosas que marchaban juntas y caracterizaban la forma dominante del naturalismo del siglo XIX, a saber: 1) un tipo de pensar reduccionista, el cual se reflejaba bien en los procedimientos científicos de entonces, y 2) un cuadro desolado de un “mundo ajeno”, el cual se reflejaba acaso mejor que lo demás en la gran controversia de moda en aquel entonces sobre la teoría darwiniana de la evolución. En lugar de las dos cosas contra las cuales se había reaccionado, la primera generación de neo-naturalistas estadounidenses substituyó, respectivamente, 1) una concepción más amplia de análisis filosófico, y 2) una concepción más amigable en torno a la naturaleza y al hombre.

Con respecto a la primera, o consideración metodológica, el análisis filosófico se ensanchó en teoría en forma tal que pudiese ser adecuado para sus propios problemas, pero, al mismo tiempo, idéntico a la concepción más inclusiva y flexible del método científico que hizo su aparición a fines del siglo pasado, el cual desde entonces ha sido aplicado con buen éxito a todos los acontecimientos culturales, ya físicos. En cuanto atañe a la segunda, o consideración cosmológica, el primer grupo

1 W. P. Montague, *Los caminos de las cosas*, trad. Demetrio Nañez. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, (1948), p. 268.

2 John Dewey, *La experiencia y la naturaleza*, (trad. José Gaos, México, Fondo de Cultura Económica, 1948), p. 352.



de neo-naturalistas norteamericanos conceptuó a la naturaleza como "el hogar del hombre" y al hombre, como "un hijo de la naturaleza", en quien "todo lo ideal posee una base natural, y todo lo natural, un desarrollo ideal."<sup>3</sup> En resumen, a la luz de la historia de la filosofía occidental, podemos decir que lo que aconteció fue lo siguiente: la teoría de Demócrito sobre la naturaleza —"únicamente los átomos y el vacío son reales"— fué abandonada por los actuales naturalistas norteamericanos y reemplazada con nuevas y sutiles formas de perspectiva aristotélica, spinoziana y baconiana.

Este cambio en *Weltanschauung* se relaciona íntimamente con la historia de la ciencia moderna, especialmente con los avances revolucionarios efectuados en el campo mismo que fué el baluarte original del viejo naturalismo: la física. La declinación de la clásica concepción mecánica de la naturaleza dentro de la metafísica contemporánea está definitivamente vinculada —si no del todo, una de sus consecuencias— con su descrédito en la nueva física de la relatividad y de los cuantos. "La ciencia no tuvo éxito", cuenta Einstein e Infeld, "al querer llevar a cabo, de una manera convincente, el programa mecánico, y hoy ningún físico cree en la posibilidad de su realización."<sup>4</sup>

El nuevo mundo de la física nuclear es tan distinto del antiguo de la física newtoniana, que la audaz pero desolada fe de un Laplace en el determinismo mecánico universal, parece completamente fuera de lugar en el presente estado de cosas.

Las "revoluciones" en el campo de la teoría física contemporánea, junto con los nuevos adelantos de la Lógica y de la Matemática, tales como el descubrimiento de las lógicas no aristotélicas y las geometrías no euclidianas, han sido sin duda un factor importante en el cambio radical de actitud, por parte de muchos pensadores contemporáneos, hacia el entero asunto de la ciencia. Para el tipo de pensador naturalista del siglo xx, la ciencia ya no constituye "la busca de la certeza" —algo que ha de aceptarse fanáticamente como si fuese un Evangelio—, sino más bien algo para gozar, explorar y utilizar. De consiguiente, ciencia y religión *como tales* no son necesariamente irreconciliables; por el con-

---

3 George Santayana, *The Life of Reason*. Vol. 1: *Reason in Common Sense*. (Nueva York, Scribner's, 1905-6), p. 21.

4 A. Einstein y L. Infeld, *La física: Aventura del pensamiento*, (trad. Rafael Grinfeld. Buenos Aires, Editorial Losada, tercera ed., 1945), p. 147.

trario, ellas son diversas formas de organizar y evaluar los múltiples hechos de la experiencia. Valga un ejemplo: el firmamento no sólo está abierto a la posibilidad de la ciencia mediante el telescopio, sino también a la posibilidad de la religión a través del culto. Como anota F. J. E. Woodbridge: "Mirar a través de un telescopio no es la única experiencia válida que la naturaleza permite. La experiencia espiritual también constituye una experiencia de la naturaleza, y es ésta la sola experiencia que estimula e inspira al vivir. Así debe enseñar el naturalismo cuando intenta ser una guía filosófica para la humanidad."<sup>5</sup>

Además, expresar con el poeta que "la luna es la reina de la noche", vale exactamente tanto para un filósofo completamente naturalista como indicar con el astrónomo que "la luna es un satélite de la tierra", no obstante que los dos enunciados, por supuesto, gozan de distintos sentidos. Siendo así, la ciencia no es más reveladora de las posibilidades de la naturaleza que el arte o, por lo mismo, que cualquier otro aspecto de la experiencia humana. La ciencia es indubitablemente un instrumento indispensable para la solución de los problemas humanos, pero el hombre no puede salvar toda su "alma" entrando simplemente en el Reino de la Ciencia. El necesita belleza, santidad, justicia y sabiduría tanto como verdad científica. En efecto, los hombres de nuestra época no solamente han de resolver los problemas teóricos de la maquinaria mundial, sino —y esto es lo que se vuelve más y más serio— deben también resolver los problemas prácticos de la maquinaria industrial.

Este último punto se ha hecho amargamente patente a través de los acontecimientos sociales de la presente centuria —centuria cuya primera mitad se tiñó, sin necesidad, con la sangre de dos guerras mundiales—, para no hablar de una tercera que pueda estar en ciernes. Como resultado de todas las ilusiones de nuestra confusa era, algunos de nosotros por lo menos hemos aprendido a vivir sin ilusiones y a considerar todo, inclusive la ciencia — que solía escribírsele con c mayúscula— *cum grano salis*. En síntesis, los naturalistas norteamericanos contemporáneos, habiendo sacado provecho de su más vasta cantidad de experiencia, tanto con las limitaciones como con los avances de la ciencia, han sido capaces, por virtud de su mentalidad histórica, de examinar sus resultados desde una perspectiva más amplia y más crítica.

5 F. J. E. Woodbridge, "The Nature of Man", Columbia University Quarterly, vol. xxiii, (1931), p. 416.

II

El naturalismo estadounidense contemporáneo se acerca a la teoría de la naturaleza desde el hecho del *vivir*, antes que desde el hecho del *dudar*, debido a la razón evidente de que al examinar la naturaleza ésta se manifiesta como un sistema dinámico y productivo de procesos relacionados entre sí. Tal punto de partida evita la clásica "bifurcación" entre el hombre y la naturaleza, expresada magistralmente por Descartes, "el padre de la confusión moderna". El hombre no puede entender el mundo saliéndose de él, sino permaneciendo en él. Así, la naturaleza no representa un problema para el filósofo naturalista; al contrario, la naturaleza constituye el objeto de todos los problemas genuinos (excepto aquellos de las ciencias formales). De aquí, la suprema suposición (indemostrable) que es subentendida en cualquier filosofía naturalista: *No hay nada que no sea naturaleza.*

La actividad del hombre como *penseur* es cierta clase especial de interacción con su medio ambiente, cuyo resultado consiste en el descubrimiento de las leyes de la naturaleza. Todos los filósofos naturalistas, inclusive quienes han recurrido a la "fe animal", creen que, bajo condiciones apropiadas, el reino de la verdad y el reino de la naturaleza coinciden. Según el neo-naturalista, la mente humana no *crea* las leyes de la naturaleza, sino las *re-crea*, en el sentido de que intenta reproducir mediante el conocimiento la misma estructura que sirvió para su formación. Esta teoría realista-naturalista del conocimiento difiere no sólo del idealismo ortodoxo, difiere también del empirismo tradicional, en tanto y cuanto insiste en que la mente del hombre no es ni creadora ni pasiva, sino más bien operativa. La colaboración intelectual del hombre con el medio ambiente, resulta en su descubrimiento de que los hechos de la naturaleza están controlados por diversas clases de leyes ("relaciones invariables"), que van de lo mecánico a lo espiritual. Tal descubrimiento, que obviamente no es producto del razonamiento puro, conduce a la concepción de *niveles* de la naturaleza —materia, vida, espíritu—, cada uno de los cuales está controlado por leyes que les son peculiares, como también por aquellas comunes a todos los niveles. El tipo de concepción naturalista que acabamos de formular, dando énfasis a las consideracio-

nes opuestas que es menester tener en cuenta al tratar de los diversos niveles de la naturaleza, comprende cierto tipo general de procedimiento que bien puede llamarse *análisis dialéctico*. De consiguiente, podemos denominar al naturalismo norteamericano contemporáneo, desde el punto de vista de su modo de análisis, *naturalismo dialéctico*. (Huelga decir que el naturalismo dialéctico no es ni el idealismo dialéctico del hegeliano ni el materialismo dialéctico del marxista.)

El análisis dialéctico se caracteriza por lo que Morris R. Cohen denomina "el principio de polaridad", a saber, "*opuestos tales como la inmediación y la mediación, la unidad y la pluralidad, lo estático y lo flúido, la substancia y la función, lo ideal y lo real, lo efectivo y lo posible, etc., como los polos norte (positivo) y sur (negativo) de un imán, todos se implican recíprocamente cuando son aplicados a cualquiera entidad significativa*".<sup>6</sup> El principio contrario, característico de un *análisis reduccionista*, puede calificárselo como el "principio de insularidad". Este último principio significa que los opuestos son, no solamente distintos, sino separados unos de otros, y, como consecuencia, se concede preferencia, en el análisis de un determinado objeto de investigación a uno u otro de los elementos aislados. "Se explican los acontecimientos", comenta John Dewey, "como si un factor u otro en la interacción constituyesen la única causa".<sup>7</sup> Aun la más somera ojeada que echemos a la historia de la filosofía revelará en seguida el predominio de una actitud exclusivista y, de allí la abundancia de simplificaciones excesivas de la existencia, cuya complejidad desconoce la imaginación por razones emotivas, estéticas y morales.

Este ensayo anhela ilustrar la dialéctica neo-naturalista, aplicándola al campo de la metafísica. Sin embargo, antes de seguir, hay dos cosas que debemos tener en cuenta con respecto al principio dialéctico implícito, si no enteramente explícito, dentro del naturalismo norteamericano contemporáneo. Primera, la técnica de la polaridad, siendo un instrumento puramente lógico, no es más que "un principio heurístico que dirige

6 M. R. Cohen, *Reason and Nature*. (Nueva York, Harcourt Brace, 1931), p. 165. Las letras cursivas son mías.

7 John Dewey, *Freedom and Culture*. (Nueva York, Putnam, 1939), p. 75.

nuestra indagación en la búsqueda de explicaciones adecuadas";<sup>8</sup> para citar las palabras del comentario hecho por quien formuló ese principio. Esto es quizás decir lo que es obvio, pero es importante decirlo de todos modos, siendo lo que es la historia de la filosofía. Dicha técnica, sin duda, suministra el modelo general mediante el cual los problemas filosóficos pueden ser aclarados y las respuestas unilaterales a ellos pueden ser evitadas. Pero la lógica formal por sí sola —como únicamente ese impecable lógico Morris Cohen lo sabía tan bien que todos nosotros al venir bajo su influencia nunca hemos podido olvidarlo desde entonces— no puede resolver ningún problema que no sea el suyo propio. El majestuoso fracaso del viejo Hegel (el más joven tenía más criterio) al deducir la totalidad de la existencia de su cabeza es un paradigma memorable en la historia. La segunda cosa que debemos recordar es que la posesión de un instrumento lógico, como el principio de polaridad, no indica automáticamente cómo se debe emplear en lo concreto. En lo abstracto, el análisis dialéctico significa *que* hay alternativas a cualquier problema filosófico. Pero sólo consultando la materia en cuestión podemos llegar a descubrir *cuáles* son las alternativas particulares en cualquier problema filosófico. Es menester la investigación empírica a fin de determinar cuáles son los factores específicos de interacción en una situación dada. Resumiendo, un problema no puede resolverse ni en nuestra cabeza ni en el vacío. No hay un camino real hacia la verdad, según se dice.

La historia de la filosofía occidental muestra que las simplificaciones excesivas en la teoría metafísica han sido de cuatro clases generales: 1) materialismo, 2) idealismo, 3) dualismo y 4) fenomenismo. Conforme a la dialéctica neo-naturalista, cada uno de estos posibles tipos de metafísica tradicional comete la *falacia del exclusivismo* — falacia que nace de cierta tendencia de considerar un determinado grupo de categorías como única base de interpretación. Tal falacia es inherente al mismo principio de insularidad, en cuanto los factores de interacción están aislados unos de otros en teoría como si lo estuviesen de hecho. Por ejemplo, el materialismo (o naturalismo reduccionista) trata de aplicar las categorías de las ciencias *inorgánicas* a la totalidad de la existencia. Y el dualismo (o vitalismo) intenta, por otra parte, hacer lo mismo con las categorías de las ciencias *orgánicas*. La concepción jerárquica de la

<sup>8</sup> M. R. Cohen, *Studies in Philosophy and Science*. (Nueva York, Henry Holt, 1949), p. 12.

naturaleza del naturalista dialéctico significa que los diversos niveles de la realidad requieren un adecuado conjunto de categorías para su cabal explicación. En el dominio de la materia "inerte", lo que cuenta parece ser el comportamiento mecánico de las partículas elementales. Mas en el dominio de la vida, especialmente en su encarnación humana, lo que mayor cuenta es el comportamiento teleológico de *todo* el organismo. Con respecto a la polémica clásica entre el materialismo y el vitalismo, el naturalista dialéctico arguye, en calidad de mediador, que muy a pesar de que las leyes de la mecánica constituyen la condición *necesaria* para explicar las propiedades más *comunes* de todos los acontecimientos, aquéllas no representan, por otra parte, la condición *suficiente* para explicar todas sus *propiedades específicas*. Matemáticamente hablando, todos los procesos naturales no forman necesariamente "grupos aditivos", en donde las propiedades de los elementos en combinación se pueden deducir de las propiedades de los elementos aislados. ¿Por qué no pueden los cuerpos vivientes, al mismo tiempo que son de hecho inteligibles como *cuerpos* en términos de leyes físico-químicas, ser sólo inteligibles en términos de leyes adicionales —específicamente biológicas— en virtud de sus caracteres *vivientes*? Enunciada así la cuestión, la respuesta está sujeta al procedimiento experimental, porque el "algo más" o el "factor de relación" en los seres vivientes pueden comprobarse de aquí en adelante lo mismo que las leyes físico-químicas ya establecidas.

Los análisis que caracterizan el método del movimiento neonaturalista estadounidense son todos aplicaciones del principio de polaridad. ¿Qué sucede cuando dicho método polar se aplica a la más compleja de las disciplinas intelectuales? Sucintamente expuesto, el resultado es el siguiente: Las afirmaciones opuestas, formuladas por las cuatro teorías primarias de la metafísica, son reinterpretadas como diferentes *aspectos* de las cosas que existen. Procediendo así, las falsas alternativas en *oposición necesaria* se transforman en distintos aspectos de la naturaleza como totalidad. Como teorías extremas, las diversas alternativas son incompatibles entre sí y con los hechos. Su carácter exclusivista sirve únicamente para intensificar nuestros prejuicios, no para aclarar la existencia misma, sea humana o de otra índole. De acuerdo con el análisis de tipo dialéctico, las diferencias entre las polaridades contendientes de la filosofía son, si rigurosamente examinadas, diferencias de *perspectiva*, no de contenido objetivo. Ahora, cuando los puntos de vista unilaterales,

## PERFIL DEL NEO-NATURALISMO NORTEAMERICANO

característicos de la filosofía tradicional, son lógicamente transformados en aspectos de la existencia, el resultado neto es que en seguida se despojan de sus falsas y negativas pretensiones, eliminando de tal modo la razón para su incompatibilidad original. Como un par de tijeras, para utilizar una figura metafórica de Morris Cohen, cumple su función de cortar mediante el movimiento de sus dos hojas en direcciones opuestas, asimismo el principio de polaridad realiza la función de comprensión, conduciéndonos a la "pluralidad de los aspectos", que es "un rasgo esencial de las cosas que existen".<sup>9</sup> En lo que sigue haremos breve mención de los aspectos específicos de la realidad que se pueden derivar de cada una de las cuatro teorías típicas de la metafísica tradicional, y que pueden ser incorporados al proceso de mediación neo-naturalista. Tal consideración revelará concretamente el papel especial desempeñado por el movimiento naturalista norteamericano contemporáneo, en su calidad de *mediador* de la filosofía.

A. El materialismo provee el aspecto *físico* de todas las cosas de la existencia. Contemplando la naturaleza cual si fuese un edificio de varios pisos, es posible decir que la materia es su cimentación sólida. Todos los acontecimientos naturales tienen bases materiales. Todos los cuerpos, desde las estrellas hasta los hombres, son máquinas de alguna clase. La debilidad de la antigua teoría materialista radica en que su análisis de tipo reduccionista *elimina* la diferencia que existe entre la maquinaria de las estrellas y la de los hombres. El materialismo tradicional puede explicar la materia pero no al *materialista*. La naturaleza ¡ay! abarca aun al materialista como una de sus encarnaciones materiales.

B. El idealismo proporciona el aspecto *mental*, por lo menos, de todas las cosas más elevadas de la existencia. Que los hombres se comportan de modo consciente y persiguen fines, es tanto un hecho evidente de la naturaleza —siendo la naturaleza humana carne y hueso de ésta—, cuanto aquél que los átomos se mueven y los pájaros cantan. La falta del idealismo como tal radica, por decirlo así, en que sitúa la carreta delante del caballo. La actividad espiritual no es el resultado de espíritus sin cuerpo, después de todo, sino de ciertas determinadas cosas materiales. La hipótesis de espíritus sin cuerpo, o del espíritu con E mayúscula, no es experimentalmente genuina, puesto que no puede ser ni re-

<sup>9</sup> *Ibidem.*, p. 15. También en *Reason and Nature*, p. 166.

futada ni verificada. El lugar del espíritu está *existencialmente* en la naturaleza, y no a la inversa. Pues, el espíritu es una manifestación histórica de la naturaleza bajo determinadas condiciones.

C. El dualismo suministra el aspecto *diferencial* de los seres orgánicos e inorgánicos de la existencia. Su fuerza radica en el hecho de que la diferencia entre las dos formas de la naturaleza no puede ser eliminada. Su vulnerabilidad como teoría, sin embargo, descansa en que acude a entidades míticas, tales como el *élan vital*, a fin de explicar dicha diferencia. Todo el hablar vago del tipo de pensador neo-vitalista, en años recientes, acerca de la categoría de "organismo", se debe a "la confusión radical",<sup>10</sup> entre el significado estrictamente científico de "mecánica" (el estudio de las masas en movimiento), por una parte, y por otra, el sentido estrictamente metafísico del "mecanismo" (principio de causalidad o determinismo racional). (El determinismo *racional*-"mecanismo", no debe confundírsele con el determinismo *mecánico*-"mecanicismo".) Por supuesto, la naturaleza según la conocemos no se puede hacer *completamente* inteligible en términos de principios mecánicos. Pero, ¿se puede hacerla sin suponer algún principio racional de orden causal? En resumen, no estando por definición sujetas al procedimiento experimental, las entidades del dualista o del vitalista son como las venerables "causas finales" descritas por Francis Bacon, "cual vírgenes vestales consagradas a los dioses, pero estériles".

D. Finalmente, el fenomenismo provee el aspecto *experiencial* de todas las cosas de la existencia. Su punto fuerte es el insistir en que, cualesquiera sean las cosas en sí mismas, al menos son para nosotros, según las salvadoras palabras de John Stuart Mill, "posibilidades permanentes de sensación." Sin embargo, lo vulnerable del fenomenista está precisamente en que basa toda su tesis en esta dificultad insuperable de índole psicocéntrica, al que se sujetan todas nuestras percepciones de las cosas. ¿Por qué la naturaleza de las cosas en sí mismas debería ser o inconmensurablemente diferente de sus apariencias en nuestra experiencia o, por el contrario, ser nada más que sus apariencias? ¿No es posible un *tertium quid*? De todas maneras, la misma "corriente de la experiencia" no sabría dónde fluir sin nuestra robusta fe en la subs-

---

10 J. E. Turner. "The Distinction Between Mechanics and Mechanism", *Philosophy of Science*, vol. 7, (1940), p. 50.



tancia. Pues, la experiencia es siempre experiencia de alguna *cosa*, no solamente de sí misma.

III

La filosofía es, en el fondo, la tenaz búsqueda de una interpretación crítica y comprensiva del mundo en que vivimos, nos movemos y somos. ¿Cuál es, ahora bien, la interpretación que hace el neo-naturalismo norteamericano del universo y del puesto que ocupa el hombre en él? Una válida filosofía naturalista, contestaría Woodbridge, mantiene "que el mundo no existe para ningún otro fin que no sea el suyo propio. Existe *como algo de ser experimentado a fin de descubrir las posibilidades que ofrece su existencia*. Metafísicamente considerado, el mundo es muy semejante al mundo de los niños, de los poetas y del hombre de la calle: *algo de lo cual se puede hacer algo; y hacer algo de él es precisamente lo que cada cosa aspira a realizar, desde los átomos al hombre*. La naturaleza no es una creación, sino el desafío y la oportunidad para crear. Ella no es enemiga de nadie. Es como un Dios que ama a todos sus hijos por igual, mostrando su preferencia sólo a medida que el impulso de crear se extiende más y más." <sup>11</sup> En resumen, según el neo-naturalismo de los Estados Unidos, la naturaleza puede definirse como un reino de *posibilidades*.

A propósito, a Woodbridge le gustaba definir la naturaleza como un reino de "propiedades". Prefiero el término "posibilidades" al suyo que es aristotélico, por la sencilla razón que éste expresa más adecuadamente, en primer lugar, todo lo que él mismo decía, pero que jamás logró desarrollar, y, en segundo lugar porque comprende todo lo que el movimiento neo-naturalista estadounidense denota pero no lo enuncia con suficiente claridad. En cualquier caso, ¿en qué sentido se emplea aquí la palabra "posibilidades"? El sentido es muy claro —dado el contexto del pasaje citado del artículo básico de Woodbridge, "The Nature of Man"—, que el término "posibilidades" no se lo utiliza en su estricto sentido lógico, sino en el más lato sentido *práctico* (o *artístico*), esto es "algo de lo cual se puede hacer algo".

Ahora, para ir al meollo del asunto, ¿qué tipo de actitud frente al mundo está implícita en esta concepción "practicalista" de posibilidad?

11 F. J. E. Woodbridge, *op. cit.*, p. 414. Las letras cursivas son mías.

La respuesta es, poéticamente hablando, la actitud *épica*. Pues, lo que caracteriza la actitud épica hacia el mundo es su interés, siguiendo a Woodbridge, de "hacer algo de él". Luego, lo que caracteriza la actitud naturalista del pensamiento norteamericano reciente, y lo hace tan norteamericano, es precisamente el mismo interés. En efecto, adoptando la frase clave de John Fiske, no es simple exageración poética declarar que el naturalista norteamericano contemporáneo considera al mundo como "la épica de la naturaleza."<sup>12</sup> Podemos concluir, entonces, que el rasgo "característicamente norteamericano" de la visión del mundo del naturalismo contemporáneo en los Estados Unidos, es su llamamiento a las "posibilidades" en el sentido épico. (Que yo sepa, el único filósofo contemporáneo que ha tomado en serio esta categoría de la posibilidad, desde un punto de vista *normativo*, es el italiano Nicola Abbagnano. Empero, siendo un buen "existencialista positivo", Abbagnano emplea la indicada categoría en su significado más trágico, esto es, él está más agudamente enterado que los naturalistas estadounidenses, que la vida del hombre está sujeta tanto a las posibilidades del fracaso como a las del éxito.<sup>13</sup>

Dada esta teoría "posibilista" de la naturaleza en general, ¿qué es el hombre para el naturalista actual de los Estados Unidos? Para él, el hombre representa un peculiar "hijo de la naturaleza". Ahora, ¿qué se entiende al llamarlo *hijo de la naturaleza*? Negativamente, quiere decir que el hombre no es ni un hijo de Dios que vive en un mundo sobrenatural, ni tampoco un huérfano que vive en un "mundo ajeno". De modo positivo, quiere decir que el hombre es por nacimiento tan ciudadano natural del cosmos como cualquier otro hijo de la naturaleza. El hombre es una expresión de la naturaleza, porque es hueso de sus huesos y carne de su carne. Su capacidad de pensar, verivigracia, con que se distingue de los demás hijos de la naturaleza, es tan natural como su poder de caminar —que comparte con los animales—, debido a que las dos capacidades o posibilidades se manifiestan en el mismo universo tiempo-espacial. Las actividades intelectuales y prácticas de los hombres

12 Herbert W. Schneider, *Historia de la filosofía norteamericana*, (trad. Eugenio Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1950), p. 313.

13 Nicola Abbagnano, en *La mía prospettiva filosofia*. (Padova, Liviana, 1950), pp. 9-27.

son parte de la naturaleza lo mismo que lo son el movimiento de los átomos, el crecimiento de las plantas y el canto de los pájaros. De suerte que la naturaleza no sólo no respeta a las personas sino tampoco a los átomos.

“El hombre”, observa Woodbridge, “desde sus más bajas funciones fisiológicas hasta las más elevadas aspiraciones de su pensamiento, ejemplifica la propiedad de la naturaleza. El mundo en que vive está controlado no solamente por las leyes físicas y químicas, sino también por leyes lógicas, morales y espirituales. De otra manera, ¿cómo podría el hombre dudar, o conocer, o creer? Cuando el hombre camina, de inmediato admitimos que el caminar le es natural. Cuando ve o piensa, ¿diríamos algo diferente? ¿Diríamos algo diverso cuando ora? Está haciendo lo que es natural. Un naturalismo integral no puede evitar la conclusión de que la naturaleza está adaptada tanto a la vida del hombre como lo está a la de los animales, plantas y átomos. Para estarlo así, la naturaleza tiene que ser tan dispuesta y tan organizada que la vida espiritual del hombre no le sea ajena”.<sup>14</sup> Muchas más cosas de las que se imaginan, sea el materialismo tradicional, sea el dualismo metafísico, son forjadas por la naturaleza.

Tal vez el error más popular respecto de la posición naturalista se basa en el hecho de que se infiere una falsa conclusión normativa de una verdadera premisa existencial. Sostener que todo cuanto sucede en el reino de la naturaleza es *natural* a ella, de ningún modo significa que todo cuanto acontece ha de ser por la misma razón *bueno*. El naturalista sostiene, por hipótesis, que todas las cosas que suceden son naturales, y no que todas ellas son buenas. Según un naturalismo crítico, todo lo bueno es natural, pero no todo lo natural es bueno. Además, el hecho, digamos, de que el pensar de los hombres y el canto de los pájaros son en realidad igualmente naturales, en modo alguno significa que las dos cosas sean idénticas en función o iguales en valor. Por lo menos en el reino de la naturaleza, sino en el de la política, la igualdad del estado natural no excluye la jerarquía de los poderes naturales. Recordemos que, para el neo-naturalista, el hombre es un *peculiar* hijo de la naturaleza. Su verdadero gloria como hombre está en el hecho de que a través de él, y sólo a través de él, la naturaleza “se ilumina o se es-

14 F. J. E. Woodbridge, *op. cit.*, p. 414.

piritualiza". Al hacer al hombre, la madre-naturaleza produce un único hijo capaz de responder; todo el resto de la naturaleza es relativamente mundo. El comportamiento del hombre como animal *cultural* es evidencia concreta de sus poderes especiales o posibilidades, vale decir, de lo que él, como ser que conoce y valora, puede hacer de sí mismo y de su medio ambiente cognoscible y valorable, si lo desea. Por esto "la teleología natural" es una *vera causa*, cuando menos en la parte humana de la naturaleza, donde reina la libertad como una posibilidad real.

A fin de reunir en un sola pregunta todas las consideraciones precedentes tocantes a la cosmovisión del movimiento naturalista de hoy en los Estados Unidos, preguntemos: ¿qué significado filosófico tiene la fe del naturalista en la continuidad del hombre y de la naturaleza? La incorporación del hombre en la naturaleza, claro está, *naturaliza* al hombre; pero debiera ser igualmente obvio que tal incorporación también *humaniza* la naturaleza. Pues, una naturaleza que contiene hombres es, después de todo, inmensamente distinta de una que no los posee. Como John Dewey comenta sagazmente: "El puesto de la naturaleza en el hombre no es menos importante que el puesto del hombre en ella. El hombre en la naturaleza es hombre sometido; la naturaleza en el hombre, reconocida y utilizada, es inteligencia y arte."<sup>15</sup> De consiguiente, el hombre no puede ser reducido al nivel de los átomos, como pretende el ingenuo materialista, ni tampoco ser elevado al plano de los dioses como proclama aquel sofisticado "extranaturalista" denominado el idealista. La esencia del hombre y la esencia de la naturaleza van juntas.

PATRICK ROMANELL

---

<sup>15</sup> John Dewey, *Experience and Nature*. (Chicago, Open Court, 1926), p. 28.